

habiendo recorrido ya conmigo todos estos países, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazón á la Francia, este joven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

He aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.

RELACION

DE

FATALLA SAYEGHIR.

A la edad de diez y ocho años salí de Alepo, mi patria, con un fondo de géneros para ir á establecerme en Chipre, y como tuve bastante suerte en el primer año en mis operaciones mercantiles, les tomé afición y tuve la fatal idea de hacer para Trieste un cargamento de productos de la isla : al poco tiempo estuvieron embarcadas mis mercancías, que consistian en algodón, seda, vinos, esponjas y coloquintidas. El 18 de marzo de 1809, mi buque, al mando del capitán *Chefalinati*, dió la vela, y ya calculaba yo los provechos de mi especulacion, cuando en medio de mis dulces ilusiones me llegó la funesta noticia de haber sido apresado mi buque por una fragata de guerra inglesa, que lo llevó á Malta. Preciado por tamaña pérdida á declararme en quiebra, tuve que retirarme del comercio, y

completamente arruinado, dejé á Chipre para volverme á Alepo.

Pocos dias despues de mi llegada, comí en casa de un amigo mio con varias personas, entre las cuales habia un estrangero muy mal vestido, pero á quien todos sin embargo hacian mucho acatamiento. Despues de comer tuvimos un poco de música, y habiéndose sentado junto á mí aquel estrangero, me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música, y despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir á preguntar su nombre, y supe que se llamaba el señor Lascaris de Vintimille y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le ví entrar en mi casa con un violin en la mano. — « Hijo « mio, me dijo al entrar, ayer noté cuan aficionado sois á la música; ya os considero como « á hijo mio y os traigo un violin que os ruego « acepteis. » Recibí con sumo placer aquel instrumento, que hallé muy de mi gusto, y le dí las mas espresivas gracias; despues de dos horas de una conversacion muy animada, durante la cual me hizo mil preguntas sobre toda especie de cosas, se retiró, pero volvió al dia siguiente, y así continuó sus visitas por espacio de quince dias: luego me propuso que le diese lecciones de árabe, de una hora por dia, por las cuales me ofreció cien piastras mensuales. Acepté con gus-

to aquella ventajosa proposicion, y á los seis meses de leccion ya empezaba á hablar y á leer el árabe muy regularmente. Un dia me dijo: « Hijo « mio, (pues así me llamaba siempre) veo que « teneis una aficion decidida al comercio, y como deseo pasar algun tiempo con vos, quiero « ocuparos de un modo que os sea agradable. « Ahí teneis dinero; comprad algunos géneros « de los mas estimados en Homs, en Hama y en « sus cercanías, los llevaremos á esos puntos « adonde van pocos tratantes, y ya vereis como « hacemos buenos negocios. » El deseo de no separarme del señor Lascaris y la persuasion de que aquella empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar su proposicion sin titubear, é inmediatamente empecé, en vista de una nota que me dió, á hacer las compras, que consistian en los siguientes géneros: lienzo colorado, ambar, corales en rosarios, pañuelos de algodon, pañuelos de seda negra y de color, llamados *cafés*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de box y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y otras baratijas de esta materia, á todo lo cual añadimos productos químicos, especias y drogas. Por todos estos géneros pagó el señor Lascaris once mil piastras ó dos mil *talaris*.

Cuantas personas de Alepo me veian comprar

estas mercancías me decían que el buen Lascaris se había vuelto loco, y efectivamente su trage y sus modos le hacían pasar por tal. — Llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco muy sucio, un mal balandran ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturón de cuero y zapatos colorados, sin medias: cuando se le hablaba, hacía como que no entendía lo que se le decía. Pasaba la mayor parte del día en el café, y comía en el bazar, cosa que no hacen nunca las personas decentes. Estas estravagancias tenían un objeto, como mas adelante supere, pero los que no le conocían, le creían tocado de la cabeza. Por lo que á mí toca me parecía muy cuerdo y sensato; sobre todo discurría bien, y en suma, tenía por un hombre superior. Un día, cuando todas nuestras mercancías estuvieron encajonadas, me hizo llamar para preguntarme qué decían de él en Alepo. « Dicen, le respondí, que estais loco. — ¿ Y á vos qué os parece? repuso. — A mí me parece que sois muy cuerdo y muy instruido. — Espero probaroslo con el tiempo, me dijo; pero para eso es preciso que os obligueis á hacer cuanto os mande, sin replicar ni preguntarme la razón; obedecerme en todo y por todo; en fin, exijo de vos una obediencia ciega, y creed que no tendreis por qué arrepentiros de ello. » —

Luego me dijo que fuese á comprarle mercurio y así lo hice inmediatamente: mezclólo con grasa y otras dos drogas que yo no conocía, y me aseguró que ciñéndose el cuello con un hilo de algodón empapado en aquella mezcla no había que temer las picaduras de los insectos. Díjeme entre mí que no había bastantes insectos en Homs ó en Hama para exigir semejante preservativo, y que por consiguiente sin duda le destinaba para algun otro país; pero como acababa de prohibirme que le hiciese ninguna observación, me contenté con preguntarle qué día partiríamos para ajustar con tiempo á los camelleros. — « Treinta días os doy, me respondió, para divertirlos; mi caja está á vuestra disposición; divertios bien, gastad cuanto querais — no os andeis en reparos. » — Esto es, dije para mí capote, que quiere que me despida de este mundo; — pero el tierno afecto que ya entonces le profesaba pudo mas que esta reflexion; no pensé mas que en lo presente, y aproveché el plazo que me concedía para divertirme bien, pero ¡oh! el tiempo del placer pasa pronto. Cumplióse el plazo, y aprovechando la ocasion de una caravana que iba á Hama, el jueves 18 de febrero de 1810 salimos de Alepo y llegamos á la aldea de Saarmín, al cabo de doce horas de marcha: al día siguiente salimos para Nuarat el Nahaman, lindo

pueblecito á seis horas de camino, famoso por la salubridad del aire y la bondad de sus aguas, y patria de un célebre poeta arabe llamado Abou el Hella el Maari, ciego de nacimiento. Este poeta aprendió á leer y á escribir por un método muy singular: metiase en un baño de vapor mientras que con agua de nieve le trazaban sobre la espalda el dibujo de los caracteres árabes. Citanse de él muchos rasgos de admirable sagacidad, y entre otros este: — hallándose en Bagdad, en casa de un kalifa á quien siempre estaba ponderando el aire y el agua de su pais, hizo traer el kalifa agua del rio de Nuarat, y sin avisarle, se la dió á beber, y habiéndola el poeta reconocido al instante, exclamó: — Esta es en efecto su agua límpida, pero ¿donde está su aire tan puro?... Volviendo ahora á nuestra caravana, detúvose dos dias en Nuarat para asistir á una feria que se celebraba alli todos los domingos: fuimos á pasearnos por ella, y entre el gentío perdí de vista al señor Lascaris; despues de haberle buscado por largo rato, acabé por descubrirle en un rincon apartado del concurso, hablando con un beduino muy andrajoso. Pregúntele con sorpresa qué placer hallaba en la conversacion de semejante personage, no pudiendo ni entender su árabe ni hacerle entender el suyo. « El dia en que tengo la dicha de hablar con

« un beduino, me respondió, es uno de los mas felices de mi vida. — En ese caso, repuse, muchos dias felices tendreis porque continuamente te hallaremos á esa casta de gentes. »

Hízome comprar tortas y queso, y se los dió á Hettal (que así se llamaba el beduino), quien se despidió de nosotros dándonos las gracias. El 22 de febrero salimos de Nuarat el Nahaman, y al cabo de seis horas de camino llegamos á Khrau Cheikhria; luego al dia siguiente, al cabo de nueve, á Hama, ciudad considerable, donde á nadie conociamos y para donde no llevaba el señor Lascaris ninguna carta de recomendacion. Pasamos la primera noche en un café, y alquilamos al dia siguiente un cuarto en el khan de Asshad bajá. Estaba yo abriendo los fardos y preparando las mercancías para la venta, cuando me dijo el señor Lascaris con muestras de vivo enojo: « ¡No teneis en la cabeza mas que vuestro miserable comercio! ¡Si supierais cuantas cosas mas útiles é interesantes hay qué hacer! » En vista de esto, no pensé en vender nada, y me fui á recorrer el pueblo. Al cuarto dia, paseándose solo el señor Lascaris, penetró hasta el palacio que está arruinándose, y habiéndole examinado atentamente, tuvo la imprudencia de empezar á tomar sus dimensiones: cuatro vagamundos que estaban jugando en secreto bajo unos arcos ro-

tos, se precipitaron sobre él, amenazándole con denunciarle como culpado de haber querido sustraer tesoros ocultos é introducir *giaours* en el palacio. Con un poco de dinero todo se hubiera arreglado, pero el señor Lascaris se defendió, y escapándose á duras penas, fué á buscarme, y aun no habia acabado de contarme su aventura, cuando vimos entrar dos satélites del gobierno con uno de los delatores. Apoderáronse de la llave de nuestro cuarto, y nos llevaron consigo haciéndonos andar á palos como unos malhechores. Llegado que hubimos á presencia del muzlim Selim Beik, conocido por su crueldad, nos interrogó en estos términos: « ¿De qué pais sois? — Mi compañero es de Chipre, le respondí, y yo de Alepo. — ¿Qué motivo os trae á esta tierra? — Hemos venido á comerciar. — Mentís; hay quien ha visto á vuestro compañero ocupado en el palacio tomando medidas y levantando planos, y eso no puede tener otro fin que el de apoderarse de un tesoro ó entregar la plaza á los infieles. » Luego, volviéndose á los guardias: « Llevad, añadió, esos dos perros al calabozo. » No se nos permitió decir una palabra mas; cuando llegamos á la carcel, nos pusieron gruesas cadenas en los pies y al cuello, y nos encerraron en un oscuro calabozo donde estábamos tan estrechos que ni siquiera podía-

mos volvernos. Al poco tiempo obtuvimos luz y pan mediante un *talari*, pero la inmensa cantidad de pulgas y otros insectos que infestaban la prision nos impidieron pegar los ojos en toda la noche: apenas teniamos aliento para pensar en los medios de salir de aquel horrible sitio. Al fin me acordé de un escritor cristiano, llamado Selim, á quien conocia de reputacion por hombre servicial; soborné á uno de nuestros sayones, que fué á buscarle, y al dia siguiente Selim arregló felizmente aquel negocio mediante un regalo de sesenta *talaris* al muzlim y de unas cincuenta piastras á sus dependientes: á este precio obtuvimos nuestra libertad. Aquel encarcélamiento nos proporcionó la ventaja de conocer á Selim y á otras muchas personas de Hama, con las cuales pasamos unos veinte dias muy agradablemente. La ciudad es hermosísima; el Oronte la cruza y la alegra y anima; sus abundantes aguas fertilizan una multitud de jardines. Los habitantes son amables, discretos y vivos; gustan de la poesia y la cultivan con buen éxito: se les ha dado el nombre de pájaros que hablan, nombre que los caracteriza muy bien. Habiendo pedido el señor Lascaris á Selim una carta de recomendacion para un hombre de mediana condicion de Homs, que pudiese servirnos de guia, nos escribió el siguiente billete: « A nues-

« tro hermano Yacub, salud. Los dadores de la
« presente son buhoneros, y pasan á vuestro
« pueblo para vender sus mercancías en las cer-
« canías de Homs; asistidlos en cuanto podáis,
« y vuestro afán no será perdido, pues son hom-
« bres de bien. Salud. »

Muy contento el señor Lascaris con esta carta, quiso aprovecharse de una caravana que pasaba á Homs. Salimos el 25 de marzo, y llegamos al cabo de seis horas de camino á Rastain, que no es ya en el día mas que el resto de una antigua ciudad considerable, donde nada merece particular atención. Continuamos nuestro camino, y al cabo de otras seis horas estábamos en Homs. Yacub, á quien entregamos nuestra carta, nos recibió perfectamente y nos dió de cenar: su oficio era hacer capas negras, llamadas *machlas*. Después de cenar, algunos hombres de su condición vinieron á hacerle compañía, á tomar café y á fumar. — Uno de ellos, cerrajero, llamado Naufal, nos pareció muy inteligente: hablónos de los Beduinos, de su modo de vivir y de guerrear, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus para componerles las armas, y que tenía muchos amigos entre ellos. Cuando nos quedamos solos, el señor Lascaris me dijo que aquella noche había visto á todos sus parientes, y como yo le manifestase mi asombro de que hu-

biese Vintimilles en Homs: — « El encuentro
« de Naufal, me dijo, es mas precioso para mí
« que el de mi familia entera. » Ya era tarde
cuando se retiró, y el dueño de la casa nos dió un colchon y una manta para los dos. El señor Lascaris nunca había dormido con nadie, pero por bondad insistió para hacerme dormir con él; por no contrariarle, me eché á su lado, pero apenas se apagó la luz, me embocé en mi *machlas* y pasé la noche tendido en el suelo. Al día siguiente, al despertarnos, nos hallamos ambos acostados del mismo modo. El señor Lascaris había hecho lo mismo que yo: « Muy buena se-
« ñal es, me dijo, abrazándome, que ambos haya-
« mos tenido la misma idea, hijo mio, pues ten-
« go sumo gusto en darte este título, que no
« dudo te agrada tanto como á mí. » Díle las gracias por el interés que me manifestaba, y salimos juntos para ir á suplicar á Naufal que nos acompañase por todo el pueblo, y nos enseñase todas sus curiosidades, prometiéndole indemnizarle de la pérdida de su jornal. La población de Homs es de 8,000 almas; el carácter de los habitantes es en un todo opuesto al del de los de Hama. La ciudadela, situada en el centro de la ciudad, está medio arruinada; un brazo del Oronte baña las murallas, bien conservadas: el aire es muy sano. — Compramos, por cuarenta

piastras, dos pellizas ó zamarras de pieles de carnero semejantes á las de los Beduinos, que son impermeables. Para estar con mas libertad, alquilamos un cuarto en el Khan, y suplicamos á Naufal que se quedase con nosotros, obligándonos á darle lo que hubiera ganado trabajando en su tienda, esto es, sobre tres piastras diarias. Utilísimo nos fué: el señor Lascaris le hacia mil astutas preguntas, y obtenia de él cuantos indicios deseaba, haciéndole explicar las costumbres, los usos y el caracter de los Beduinos, su modo de recibir á los estrangeros y de portarse con ellos. Treinta dias nos detuvimos en Homs, para aguardar la época de la vuelta de los Beduinos, que por lo comun dejan las cercanias de esta ciudad hácia el mes de octubre para dirigirse al mediodia, siguiendo siempre el buen tiempo, el agua y los pastos, caminando un dia y descansando cinco ó seis. Unos van así hasta Basora y Bagdad, otros hasta Chatt el Arab donde se reunen el Tigris y el Eufrates. En el mes de febrero, empiezan á volver hácia la Siria, y á fines de abril se los ve en los desiertos de Damasco y de Alepo. Naufal nos dió todos estos informes y nos dijo que los Beduinos hacian gran uso de pellizas, semejantes á las nuestras, de *machlas* negros, y sobre todo de *cafiés*; por lo tanto, el señor Lascaris me hizo comprar

veinte pellizas, diez *machlas* y cincuenta cafiés de que hice un fardo: esta compra ascendia á 1,200 piastras. — Habiéndonos propuesto Naufal ir á visitar la ciudadela, el temor de una aventura como la de Hama nos hizo titubear al principio, pero mediante su palabra de que no nos sucederia ningun fracaso y de que respondia de nosotros, aceptamos y fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de un cerro, en medio de la ciudad. Este castillo ó alcazar está mejor conservado que el de Hama; en él observamos una gruta escondida y profunda, de la cual salia un caudaloso manantial; el agua se escapa por un boquete de cuatro pies sobre dos, y se precipita por entre barras de hierro, por un segundo boquete. Esta agua es excelente: — contáronnos una antigua tradicion que dice que habiéndose cerrado una vez el paso de aquellas aguas, llegó seis meses despues una diputacion de Persia, que mediante una crecida suma dada al gobierno, obtuvo que se destaparia la abertura y no podria volverse á obstruir en lo sucesivo. Ahora está prohibido y es muy difícil entrar en esa gruta.

De vuelta en la posada, preguntóme Jeque Ibrahim si tomaba apuntes de lo que habiamos visto y de lo que nos habia sucedido desde nuestra salida de Alepo, y habiéndole respondido

que no, me pidió que lo hiciese y procurase recordar lo pasado, llevando un diario puntual de todo, en árabe, para que él pudiese luego traducirlo al francés. Desde entonces empecé á tomar apuntes que él copiaba todas las noches, y me devolvía al día siguiente: ahora los reuno con la esperanza de que puedan ser útiles algun día y proporcionarme una ligera compensacion de mis afanes.

Habiéndose decidido el señor Lascaris á salir para la aldea de Sadding, insté á Naufal á acompañarnos, y reuniéndonos á algunas otras personas, salimos de Homs con todas nuestras mercancías. Al cabo de cinco horas de camino, atravesamos un ancho arroyo que corre del norte al mediodía hácia el castillo de Hasné: este castillo, mandado por un agá, sirve de punto de parada á la caravana de la Meca cuando viene de Damasco. El agua de este arroyo es excelente, y de ella llenamos nuestras odres, precaucion necesaria, porque no vuelve á hallarse agua en las siete horas de camino que hay que andar para llegar á Sadding, adonde llegamos al anochecer. Naufal nos llevó á casa del jeque Hassaf-Abou-Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, todos casados, y que habitan bajo el mismo techo. Recibiéndonos perfectamente, y nos presentó toda su familia que se componia de sesenta y cua-

tro personas. Habiéndonos preguntado el jeque si queriamos establecernos en el pueblo, ó viajar por otros países, le dijimos que éramos comerciantes; que, como la guerra entre las potencias habia interrumpido las comunicaciones por mar con Chipre, habiamos querido establecernos en Alepo, pero que habiendo hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, nos habiamos decidido á llevar nuestras mercancías á puntos menos frecuentados, esperando así sacar mejor partido de ellas. Cuando supo en qué consistian nuestras mercancías:— « Esos objetos, nos dijo, « no sirven más que para los Arabes del desierto; siento decíroslo, pero os será imposible llevar hasta ellos, y aun cuando pudierais lograrlo, correriais riesgo de perderlo todo y aun la vida, porque los Beduinos son codiciosos y muy osados; querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si opondis la menor resistencia, os asesinarán de cierto. Sois personas de honor y delicadeza y os será imposible soportar su grosería; os hablo así por puro interés por vosotros, porque yo tambien soy cristiano. Creédme, abrid aquí vuestros fardos, vended cuanto podais y volved en seguida á Alepo, si queréis conservar vida y hacienda.» Acababa apenas de decirnos esto, cuando los principales vecinos del pueblo, reunidos en su casa para ver-

nos, empezaron á contarnos historias tremendas: uno nos dijo que un buhonero, que venia de Alepo é iba al desierto, fué saqueado por los Beduinos y se volvi6 en cueros: otro supo que un mercader de Damasco habia sido asesinado: todos estaban acordes sobre la imposibilidad de penetrar entre las hordas de los Beduinos, y procuraban, por todos los medios posibles, disuadirnos de tan arriesgada empresa. Ya veia yo al señor Lascaris irse turbando; volvi6se hácia mí y me dijo en italiano para que no le entendieran los otros: « *¿ Cosa dite di questa novità, che mi ha molto scoragito?* » — « No creo, le respondi, en todas esas historias, y aun dado que fueran ciertas, todavía deberiamos perseverar en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestra intencion de ir entre los Beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á ver mi patria, considerando los treinta dias que me concedisteis en Alepo para divertirme, como mi despedida del mundo. Considero nuestro viage como una verdadera campaña, y el que parte para la guerra, si está bien resuelto, no debe pensar en la vuelta. No nos desalentemos; aunque Hasaf es un jeque², tiene

¹ Qué decis de esa novedad, que me ha desanimado mucho?

² Anciano.

« esperiencia y entiende bien los intereses y el gobierno de su pueblo, no puede tener ninguna idea de la importancia de nuestros asuntos, por lo cual soy de parecer de que no se le vuelva á hablar de nuestro viage al desierto, y de que pongamos nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del universo. » Estas palabras produjeron su efecto en el señor Lascaris, quien me dijo abrazándome tiernamente: — « Querido hijo, pongo toda mi esperanza en Dios y en tí; veo que eres hombre resuelto; estoy contentísimo de tu entereza de caracter, y espero conseguir mi objeto con ayuda de tu valor y de tu constancia. » En seguida fuimos á acostarnos, igualmente satisfechos uno de otro. Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que contiene sobre doscientas casas y cinco iglesias: los vecinos, cristianos siriacos, fabrican *machlas* y *abas* negros, y se ocupan muy poco en el cultivo de la tierra, para el cual les falta agua; en todo el pueblo no hay mas que una fuente-cilla, que apenas basta para regar los jardines, cosa absolutamente necesaria donde la lluvia es tan rara: — hay años en que no llueve ni una sola vez. Las cosechas del territorio bastan apenas para seis meses, y lo restante del año los vecinos tienen que recurrir á Homs. En medio del pueblo se alza una torre antigua de una altura